

ción de Schönmetzer era mucho más clara a este respecto. Por otro lado, no se entiende bien que se interrumpa el texto original de los documentos después del Vaticano I, si no es para no ampliar excesivamente el volumen de la obra. Ciertamente, algunos documentos recientes han conocido una primera versión en una lengua distinta del latín, pero al final el texto que tiene valor, también jurídico, es el del original latino si lo hay. No es desconocido que las traducciones, incluso oficiales de los documentos magisteriales, son en ocasiones muy imperfectas llegando en algún caso a modificar el texto original. Esto que, en la mayoría de los casos, no tiene demasiada importancia para una simple lectura, comienza a ser relevante cuando se trata del estudio teológico.

En relación con lo anterior, una última observación. La publicación del texto en dos columnas tiene sentido especialmente cuando una corresponde al texto original y la otra a la traducción. Una vez que solamente aparece la versión francesa, la doble columna, tal como está editada, hace difícil en ocasiones seguir el texto, ya que la distribución en dos columnas no se hace de modo seguido (primero la columna izquierda y después la derecha), sino que cada unidad (un párrafo, por ejemplo) comienza en una y termina en la otra, con lo que no siempre se sabe el orden de la lectura.

A los lectores españoles nos queda preguntarnos si habrá una editorial en nuestra tierra que se decida a publicar la edición española de esta obra.

César Izquierdo

Pedro Jesús LASANTA, *María, Madre de Dios y madre nuestra (La virgen María*

*en las enseñanzas de Juan Pablo II)*, Ediciones EGA, Bilbao 1996, 155 pp., 21 x 15, ISBN: 84-7726-154-7.

El a., siguiendo su trayectoria en el empeño por difundir el Magisterio de Juan Pablo II, ofrece con esta obra de género recopilatorio, un sencillo vademécum de Mariología en el que además de recoger las verdades fundamentales sobre la Madre de Jesús, relaciona esa mirada de la Iglesia hacia el misterio mariano con la vida cristiana, ofreciendo luces que pueden iluminar la existencia ordinaria de los creyentes.

Comenzando por el capítulo: «Modelo de fe», (nn. 1-3) hasta el que se titula «Modelo de las mujeres» (nn.152-154), P. J. Lasanta ordena los textos del Papa alternando las verdades dogmáticas de la Inmaculada Concepción, Maternidad, Virginitad, y la advocación de Madre de la Iglesia del Vaticano II, con sus implicaciones ascéticas, tal como Juan Pablo II suele exponer la Doctrina Católica desde el comienzo de su pontificado.

Cada uno de los capítulos se encabeza con una breve introducción del a. que expone de manera asequible y profunda la fe de la Iglesia sobre la verdad mariana a considerar.

Lasanta ha tenido el acierto de incluir cuatro capítulos específicos sobre la devoción mariana (nn. 198-211) en los que explica, al hilo del magisterio pontificio, el sentido de la particular veneración a la Virgen en la Iglesia, y expone con palabras de Juan Pablo II la actualidad del rezo del Rosario, el Ángelus, y el significado del Escapulario del Carmen (nn. 198-253).

Entre los temas más actuales, el a. recoge textos que se refieren a la importancia de María para la nueva evangeli-

zación, de la que el Papa la considera «Estrella» (nn. 193-197), y el recurso a la Virgen en la perspectiva evangelizadora del año 2000 (nn. 258-261).

Finalmente una recopilación de textos marianos del Catecismo de la Iglesia Católica, ocupa un Anexo que prácticamente sigue el mismo orden de los capítulos anteriores a modo de síntesis. En este anexo no ha referenciado los textos con números marginales, y ha preferido transcribir directamente los que aparecen en el Catecismo, siguiendo un orden temático selectivo (pp. 135-155).

En resumen: Pedro Jesús Lasanta, ofrece con este libro un buen apoyo bibliográfico para quien desee aproximarse al magisterio mariológico del Papa actual y una válida síntesis de la Fe de la Iglesia acerca del Misterio mariano. La referencia de los textos a la vida cristiana hacen de la obra una eficaz fuente inspiradora para meditar sobre la Virgen y crecer en piedad hacia la Madre del Señor.

Rafael Hernández Urigüen

**Mark L. McPherran**, *The Religion of Socrates*, The Pennsylvania State University Press, Pennsylvania 1996, 353 pp., 16 x 23,5, ISBN: 0-271-01581-0.

La figura de Sócrates ha ejercido con razón una constante atracción a lo largo de toda la historia del pensamiento. Desde Platón hasta nuestros días no han sido pocos los filósofos, teólogos y humanistas que han sentido el vigor y la fuerza del pensamiento de esta egregia figura del siglo V ateniense. Una de las cuestiones más discutidas se refiere precisamente al tema que aborda la presente obra: la concepción que

Sócrates tenía de la religión. Como es sabido, Sócrates fue acusado de impiedad por el Estado ateniense, lo que pronto suscitó reacciones como las de Platón y Jenofonte, quienes negaron la veracidad de esa acusación. Mark McPherran, profesor de filosofía en la Universidad de Maine (Estados Unidos), aborda en esta obra la tarea de ofrecer un estudio de conjunto de la visión socrática de la religión.

La tesis central del autor es que Sócrates no sólo fue un filósofo de primera línea, sino también un personaje profundamente religioso, que creyó en la existencia de dioses superiores a nosotros mismos en poder y sabiduría y que compartió otras creencias religiosas con sus contemporáneos. Estas creencias —señala el autor— no fueron para Sócrates algo aislado de su vida, sino que formaron parte integral de la comprensión que tenía de su misión filosófica. Como resultado, Sócrates hizo importantes aportaciones para una reforma racional de la religión griega. Estas tesis son desarrolladas por el autor frente a interpretaciones excesivamente racionalistas del pensamiento socrático, que tienden a verlo como un ilustrado «avant la lettre». El pensamiento de Sócrates no se deja reducir a estas interpretaciones tan simplistas. Incluso —advierte el autor— este pensamiento puede resultar paradójico porque Sócrates apareció en su tiempo como demasiado racionalista, pero en el nuestro nos parece incluso demasiado religioso.

A lo largo del capítulo primero, el autor va exponiendo las tesis centrales que desarrollará en su ensayo. Aborda también, como resulta inevitable, el problema socrático. En la línea de gran parte de los historiadores contemporáneos, McPherran advierte que lo que